



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá



La última salida del Dictador

¿Imaginó alguien, aquella tarde, que la ciudad de Asunción presenciaba la última salida del Dictador del Paraguay, don Gaspar Rodríguez Francia? Era hermosa esa tarde del 24 de agosto de 1840. Templada por un tibio sol que anticipaba jubilosamente la primavera, clara y vibrante de reflejos de cristal, el Supremo decidió aprovecharla para dar el acostumbrado paseo del que durante varias semanas le privara el recrudecimiento de sus achaques.

Poco después de la siesta, los vecinos vieron pasar por la calle del 14 de mayo el caballo moro del Dictador, cuidadosamente conducido del roncal por un milico que montaba un tordillo en pelo y con un tiento embocado a guisa de rienda. Al paso de la famosa cabalgadura, la gente comentaba en público el suceso, con expresiones convencionales:

-Loado sea Dios por haber tornado la salud a Su Excelencia, según se echa de ver...

Como queda dicho, hacía varias semanas que Su Excelencia permanecía recluido e invisible en su morada. [38] La prolongada reclusión y la coincidente frecuencia con que le visitaba el médico Estigarribia, eran los únicos indicios reveladores de su enfermedad, sobre la cual sus allegados guardaban misterioso silencio. Con no menos misterio trataba el médico Estigarribia de recatar sus pasos cuando se dirigía a ver al

Dictador, pues no mediando prevención de urgencia, alargaba el camino con cautelosos rodeos para despistar a los curiosos y aun elegía horas en que las sombras embozasen sus idas y venidas.

Por eso, cuando se vio aparecer el conocido caballo del Supremo, los vecinos dieron en suponer que Francia hubiese sanado. La novedad se transmitió en seguida, de calle a calle y de barrio a barrio:

-Su Excelencia va a salir...

Y la gente se puso en acecho.

Un sargento de la Escolta, armado de sable y carabina y provisto de un largo *teyuruguái*⁽⁴⁾, apareció minutos antes de las cuatro en la esquina inmediata a la casa del Dictador, donde se situó para vigilar la calle, a la vez, que para anunciar, con su sola presencia, que el Supremo se disponía a salir. Ya se sabía lo que era necesario hacer ante este anuncio.

Las puertas y ventanas de las casas del trayecto habitual del Dictador cerráronse con silenciosa presteza. Los transeúntes desaparecieron. Dos [39] batidores con tercerola, pistola y sable, avanzan ahora y llenan la calle desierta con la medrosa sensación de la inminente presencia del todopoderoso señor de vidas y haciendas. Si alguna puerta o ventana ha quedado sin cerrar hasta ese momento, el asomo de los batidores acucia a los descuidados a corregir su retardo, así como también mueve a algún desprevenido que anda por allí a desaparecer como mejor pueda y con la mayor rapidez. Cierta rapaz inconsciente que ansioso de observar se aplasta en la calzada contra las altas aceras, no demora en escurrirse como una lagartija cuando, en la soledad, resuena el grito anunciado de aquél cuyo paso lleva el miedo por heraldo:

-¡Chaque, el *Carai*!⁽⁵⁾

Aparece el Dictador, montado en el moro cuyos cascos se hunden en el mullido arenal de la calle. En vano trata aquel de erguir el busto, como lo irguiera soberbiosamente hasta no hacía mucho, sintiéndose dueño de cuanto le rodeaba y dueño también de sí mismo. Lo primero éralo todavía, por imperio del terror; pero dueño de sí mismo bien se echaba de ver que una grave dolencia no le dejaba serlo...

A través de agujeros e intersticios, los vecinos le veían pasar, desde sus escondites tras de puertas, ventanas y muralla. Aquella tarde el Supremo parecía muy avejentado y abatido. La cabeza doblábasele [40] sobre el pecho arqueado. En sus miradas asomaba una inquietud pavorosa y obstinada. No había, no, en las pupilas del jinete aquella fiereza relampagueante que pareciera un haz de rayos fulminadores; habíala reemplazado una vaguedad como de fiebre, una ansiedad pavorida como de presentimiento.

Esgrimía Su Excelencia en la diestra el látigo inglés tan característico de su equipo de montar, pero no lo blandía, y el moro, acostumbrado a que su jinete se lo hiciera sentir con leves golpes en el pescuezo, volvía una y otra vez la cabeza como para inquirir el inusitado ocio de la fusta. El frac de galoneadas bocamangas y el pantalón de color de almendra que revestían su figura, denotaban, con su holgura excesiva, la fuga de las

carnes devoradas por el mal. Aquella tarde completaba la indumentaria del paseante una prenda nueva: una capa colorada, que el médico le aconsejara echarse sobre los hombros en previsión del relente.

Desde los escondrijos y bajo el asombro de los ojos, los labios de los que espiaban musitaban comentarios al paso de la comitiva:

-Su Excelencia está muy decaído... Grave parece ser su dolencia...

De pronto, el Supremo exhala un grito que paraliza, detrás de muros y puertas, el corazón de los que espían su paso. Los soldados de la escolta detienen bruscamente la marcha, pero reaccionan en seguida, temerosos de irritar al amo con su sobresalto, y reanudan el impasible andar. Hace [41] días que desde los corredores de la Casa de Gobierno ellos oyen gritar a solas a Su Excelencia, como en transportes repentinos de desvarío.

-¿Oyes? -cuchichea en los agazapos una voz- ¿Oyes? Habla a solas. Y mira en torno como un alucinado...

Calle de la Ribera abajo. A medida que corro la noticia de que Su Excelencia ha salido, se espesa más y más, en la soledad, una atmósfera de miedo; y el silencio, en pleno día y bajo un sol luminoso, parece vibrar de angustia. El sargento que hace de avanzada y a quien se ha confiado la ruta, dobla por la calle de la Encarnación arriba, y en pos suyo hacen lo mismo sucesivamente los batidores, el Dictador y la pequeña escolta.

Un recuerdo parece excitar a Francia al penetrar en la calle de la Encarnación, pues sofrena la cabalgadura, revuelve hoscamente la mirada y alza el incoherente monólogo de su voz. ¿Se le representa, acaso, la escena aquella del Santísimo? El suceso le ocurriera poco antes de caer enfermo. ¿Lo recuerda con terror?

Al declinar la tarde de cierto día, por el alto veredón de esa calle, el padre Favio conducía el Viático con el debido séquito de monaguillos y creyentes cuyo rezo se elevaba entre los metálicos plañidos de la campanilla ritual. Un moribundo, cerca de allí, esperaba la Divina Visita para confortarse con ella en el tránsito supremo. El son de la campanilla, las luces de los velones y el coro doliente de las plegarias en el desmayado crepúsculo, [42] asustaron al caballo del Supremo que acababa de doblar la esquina. Un bote de la bestia, que casi da en tierra con el jinete; una iracunda imprecación sacrílega, que hiela de espanto a cuantos la oyen; unos soldados que se arremolinan en la calzada, sin saber qué hacer entre el furor del amo y el respeto que el Santísimo les inspira...

Callan los rezos y calla la esquila. De las manos temblorosas caen los velones. El padre Favio y los de su séquito vuélvense sorprendidos y ven que el jinete es el Dictador. Huyen los fieles y los monaguillos. El sacerdote, no menos aterrorizado, alza en silencio el copón que atesora la Sagrada Forma... Francia sigue blasfemando y, en el arrebató de su ira, blande el látigo sobre el espanto del clérigo y la majestad del Santísimo...

El Supremo parece evocar aquella escena al pasar esa tarde por el sitio donde ella acaeciera. Y tiembla, sí, tiembla... ¿Conturba su ánimo el recuerdo de su sacrilegio, ahora que le invade y acobarda la premonición de la muerte próxima?

Calle arriba, por entre tapias y a la traviesa de huecos en los que la espesura de los matorrales aguza la vigilancia de la custodia. Y, a poco andar ya, el Dictador llega al Cuartel del Hospital, meta invariable de su paseo.

* * *

Viéronle los vecinos del trayecto regresar con desusada premura. En el cuartel debió de llamar la atención la cortedad de su permanencia. Ni se [43] preocupó allí de los mil detalles que en cada una de sus visitas hacían minuciosa y severa su inquisición, ni trepó a la azotea, como solía hacerlo siempre para solazarse en la contemplación del panorama de la ciudad ceñida por su río, vigilada por sus cerros, decorada por la fronda de sus naranjales y, en medio de tan serena belleza, rendida medrosamente a su albedrío. Apenas reposó unos momentos, sin hablar y sin oír al capitán Pereira, Jefe del Cuartel, que pretendía temblorosamente darle su parte reglamentario.

Volvió a subir con dificultad a caballo, sin que nadie osase ofrecerle ayuda por temor a que tal solicitud le irritase. Sólo la paciente mansedumbre del moro evitó que el cuitado se deslizase hasta dar con su cuerpo en tierra. Los oficiales le vieron partir sin cambiar palabra entre ellos, y esquivándose los unos a los otros las miradas, por no ser sorprendidos en la revelación de lo que pensaban...

De vuelta pasó más deprimido que momentos antes. A pesar de la tibieza de la atmósfera, parecía aterido. Los soldados de la escolta le miraban de soslayo, poseídos de miedo porque le oían de continuo hablar a solas y dar frecuentes gritos entre ademanes convulsos. Otra vez las puertas y ventanas se cerraron; otra vez un silencio y una soledad de muerte se adensaron en la calle. Cada eco que dejaba en pos de sí el Supremo, parecía repercutir en su propia alma como una despedida. ¿Presentía Francia que esa salida sería su última aparición en la ciudad abismada por su mano en un marasmo [44] de terror en el que *hasta las dulces guitarras callaron?*

A medida que la comitiva desfilaba, las puertas y ventanas se reabrían, una tras otras, sin ruido, cautelosamente; y los vecinos se asomaban, como a hurtadillas, y la vida recobraba su mísero aliento amordazado. En la intimidad familiar, todos comentaban el decaído estado en que acababa de mostrarse el Dictador; pero de unas casas a otras, a lo largo de las aceras o a través de las calzadas, el miedo desataba congratulaciones hipócritas *«por haber Dios devuelto la salud a Su Excelencia»*.

De regreso en su morada, Francia echó pie a tierra junto a la gradería que daba acceso al ancho y alto corredor de la casa. Examinó atentamente su caballo favorito, acariciándolo con una palmada, y luego se encaminó con paso moroso a la galería del frente norte del edificio. Una vez allí pareció entablar un diálogo entre su intimidad atormentada y cada una de las cosas que le rodeaban. A pocos pasos alzábase el naranjo de la tenebrosa tradición, en torno del cual parecían vagar los espectros imprecadores de los que a su sombra fueran inmolados por el implacable rigor del Dictador.

¿Remordimientos?

¿Lo estremecía el misterio del más allá, a cuya sombra se sentía marchar, y ante el cual de nada le serviría su omnipotencia en la tierra?

Dio voces, encarándose con el naranjo, cuya comba ceñían ya las primeras sombras del crepúsculo. [45] ¿A qué voces contestaban las que salían de sus labios temblorosos?

Luego, marchó a su habitación y se encerró en ella. Y esa misma noche empezó a quemar papeles, con un afán obstinado y prolijo. Leía cada manuscrito antes de darlo a las llamas, y a veces quedábase como sumergido en los recuerdos que su contenido le traía. Una noche la fiebre superó su energía y el fuego de un papel caído de sus manos, en un minuto de letargia, se transmitió a unas telas y produjo un incendio en la alcoba.

* * *

El médico fiel no se movía ya de junto al poderoso señor a quien la muerte cortejaba. Un día, Estigarribia salió del aposento donde se consumía su amo, en puntas de pie, agarrándose la cabeza, sobrecogido y misterioso... Sólo un vago ademán suyo sirvió de respuesta a quien, ante la rareza de su actitud, osó interrogarlo. Y ese ademán se difundió en aquel ámbito sombrío, revelando a todos lo que acababa de suceder, sin que nadie se atreviese a expresarlo con palabras...

Una tras otra, las mulatas de la casa fuéronse arrimando a la puerta del cuarto de Su Excelencia, y alargaron la cabeza, las que estaban detrás, sobre los hombros de las que estaban delante, para mirar hacia el lecho del amo. Ni una palabra... Ni siquiera la señal de la Cruz...

Sólo el viejo terror, reavivado ahora en superstición alucinante, hablaba en el fondo del corazón [46] de aquellos seres. ¿Muerto? ¿No volverá a levantarse para descargar su ira sobre ellas, al verlas allí, espiando su yacencia, él que nunca les permitió mirarle cara a cara? ¿Muerto, muerto de verdad?

Una de las mujeres atreviose, al fin, a avanzar, después de larga vacilación. Se acercó y rozó con sus dedos una mano del Supremo que colgaba, exangüe y yerta, al costado de la cama. Sintió al contacto la gelidez de la muerte, y sólo entonces, ya convencida, y asegura de que aquel cuerpo no se incorporaría, dobló las rodillas, gimoteó con fuerza y se santiguó respetuosamente ante la muerte...

Era el 20 de septiembre de 1840.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

